

"Nella città dolente..."

Por el MAGISTRAL DE BURGOS.

Fuera una verdadera lástima, apreciable lectora, que tu espíritu se dejase absorber en este mes de tal modo por las preocupaciones de orden político de todos estamos asediados, que tu vida interior quedase como apagada, al modo de una brasa, que se amortece bajo el montón de ceniza que encima le cubrió. Hemos de hacer por conservar siempre dentro de nosotros, siempre, no lo olvides, ese pequeño jardín, bien apiado por todas partes, adonde poder recoger para gozar el rayo de sol de la verdad y aspirar al perfume de misteriosas flores.

Oportuna hasta lo sumo es la advertencia, ya que este mes de noviembre tiene una significación religiosa que dice relación con nuestra intimidad. El mes de los difuntos, el mes de la obligada visita a los cementerios en que se remueven los adormidos recuerdos, en que se evocan imágenes caras. El mes, ante todo, que nos invita deberes de caridad en forma de sufragios por aquellos que nos precedieron en el viaje de la vida.

El dogma del purgatorio encierra, y en esto no es una excepción entre los dogmas cristianos, juntamente con una enseñanza que Dios tuvo a bien comunicarnos como una luz más para esclarecer la ruta de nuestro destino, incógnitas imposibles de explorar. Nos consta, gracias a la revelación consignada en las inspiradas Escrituras y transmitida a nosotros por la Iglesia, maestra infalible en todo lo que atañe a nuestra salud espiritual, que amén del cielo y del infierno, términos absolutamente finales en la carrera de las almas hacia el porvenir, existe una situación provisional, donde las que no alcanzan al salir de la tierra una espiritualidad depurada, ni por otro lado, pueden decirse condenadas por graves delitos, quedan detenidas para allí purificarse en el crisol de expiaciones aflitivas. Nos consta, ade

más, que está en nuestra mano procurarles un alivio en su padecer. Cuanto se pretenda saber, además de lo apuntado acerca del purgatorio, cae en la zona nebulosa, de la conjetura, de la libre discusión, de la caprichosa fantasía; más no puede ampararse bajo la autoridad de la fe. Por ejemplo, qué género de sufrimiento es ese, hasta dónde se extiende su duración, dónde se encuentra el purgatorio, qué cuantía de remisión corresponde a ésta o aquella práctica, cuántos son los que pasan por esa prueba, si esas penas son o no más atroces que las que acá nos agobian, si van acompañadas de físico dolor o son puramente morales; éstas y otras parecidas cuestiones, que son, no puede negarse, tan sabrosas a nuestra curiosidad, la cual daría todo por levantar una sola punta del velo de la ultratumba, se estrellan en el silencio imperturbable del dogma.

No deja de ser esto una ventaja en el orden apologetico. Gracias a esta parquedad providencial de datos, este dogma ofrece muy escaso bulto a los tiros de la impiedad. La mayoría de las objeciones que se hacen contra el mismo, queda disipada con sólo recordar qué es lo que nos enseña la revelación, y qué aquello que calla. Porque aquí es muy frecuente confundir historias de apariciones o coplas lastimosas, que figuran en sencillos devocionarios, con las enseñanzas auténticas de la Iglesia, que se cifran en sustancia a los dos puntos indicados.

Gustemos más bien de socorrer la gran necesidad en que se vea nuestros difuntos, que de averiguar lo que por superior disposición está vedado a nuestras pesquisas. ¡Sublime solidaridad la que se establece entre nosotros y los habitantes del mundo invisible! Si nos pasmas, y con razón, que las ondas radiantes circulen a través de continentes y océanos, suprimiendo distancias para la facultad auditiva, tengamos por ciertísimo que en el orden sobrenatural existen imponderables, que vencen a aquéllas en celeridad y en penetración.



Vestidito para niña, de lanita lisa, adornado en el cuello y mangas con lencería. Combinación para niña, de seda natural, adornada con incrustaciones. Vestido para la noche, de crepe satín nacar. Descote irregular. Vestido de crepe satín gaufré.

Gracias a ellos, el impulso humilde de la plegaria, la Hostia elevada por manos sacerdotes, la ofrenda silenciosa de la mortificación, la dádiva limosnera entregada al menesteroso, el rumor de Avemarías que sube ante la estampa de la Virgen, se trocan «nella città dolente» en aquel país desolado, en refrigerio, en alegría, en sonrisa de esperanza, en albores de dicha. Ya nos basta con poseer esta convicción, asentada sobre la roca de la fe, más firme que los cielos del Himalaya, pues es la palabra de quien los puso, para animarnos a socorrer a las almas dolientes. ¡Que las ráfagas impetuosas de la política ¡oh, amable lectora!—y electora—no se lleven de tí estos santos pensamientos! No sea que por componer los desaguisados que han dejado en pos de sí tantos vivos, llegues a olvidarte de los muertos. Que, en rigor, no tienen de tales sino la mortaja que les presta nuestra imaginación; por lo demás, ante la mirada del gran Rey todos ellos viven. «Regem cui omnia vivunt...» (De «Eilas»).

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Noviembre de 1933.

En su celo por mantener de un modo constante el imperio de la elegancia y el buen gusto, los modistos parisienses han ido creando infinidad de modelos de vestidos para las diversas horas del día y para cada circunstancia. Aparte de los trajes generalizados de mañana, tarde y noche, la mujer refinada y moderna precisa poseer en su guardarropa vestidos especiales para viaje, campo, automovilismo, golf, equitación, tennis, y demás deportes, habiéndose pensado últimamente (sin duda debido al enorme avance femenino en actividad tan arriesgada), en el traje de aviadora con amplios pantalones. Esta especialidad en el traje es merecedora del más afectuoso aplauso.

ya que es, por ejemplo, de un efecto desastroso ver a las damas en viaje de turismo, dentro de un automóvil y en plena montaña con abrigos de seda, sombreros de terciopelo, vestidos de fino crepón y grandes boas de plumas delicadas.

La mujer moderna ha adoptado para el automovilismo un traje sencillo, de corte casi recto, con mangas largas y cuello muy cerrado, que se confecciona con tela de aspecto rústico. De estos vestidos hemos admirado algunos muy elegantes y encantadores hechos con género de lana acrosponada, con jersey o con «djalap» plateado; el sombrero, cortado de la misma tela o de fieltro flexible, que es el más apropiado para resistir el viento y el polvo de las carreteras.

El traje de automovilismo se debe completar en esta temporada siempre con un abrigo apropiado, cuyos últimos modelos son largos, amplios, realizados con «weed» de pelo gris o pardusco, adornados con pieles fuertes: marmota, lince, foca, con las cuales se les puede forrar totalmente.

Daremos cuenta a nuestras lectoras de los últimos detalles referentes a los cinturones que hemos logrado observar en las grandes casas de costura. Para los vestidos de mañana se llevan unos cinturones anchos de cuero liso, completados con cierres de forma muy original y diferente, pues tanto se ven los que cierran con un trenzado del mismo cuero o de otra calidad, como los de metal y hebillas muy bonitas de bisutería moderna. Para completar las toaletas de tarde, se llevan cinturones también de cuero y para los vestidos de noche han salido últimamente preciosos cinturones confeccionados con trenza de tela o cordoncillo de oro y plata, adornados con una fantasía de brillantes en la parte delantera o en la espalda.

Continúa la boga de los echarpes, y se llevan unas pequeñas en forma de corbata, que están especialmente indicadas para completar el vestido de mañana o el traje sastrero sin adornos de piel. Estas corbatas se realizan con terciopelo inglés, punto de lana o tejidas a mano en punto de gancho y también de crepón grueso estampado. Siempre deben ser de colores muy vivos, combinando con algún detalle del vestido, y muy cortas y anudadas a un lado del cuello como los antiguos pañuelos de seda. Para los vestidos de tarde están especialmente indicadas estas corbatas y son de mucho efecto, pues permiten con un mismo traje cambiar cada vez una nueva corbata, lo cual da un aspecto renovado a la toaleta.

Hablaremos también algo sobre los vestidos



Camisa de dormir, de crepe satín, adornada con apliques y floritas. Camisa y calzon, de batista de hilo, adornados con escarabeos.

de encaje y de satén negro, que este año, como los anteriores, se continuará llevándolos. La moda tiene especial deferencia con estos magníficos vestidos, muy merecida ciertamente, y en cada temporada les señala un lugar descollante.

Especialmente indicado está para las comidas elegantes el vestido de satén de seda brillante, negro se entiende, con drapeados y vainicas. Hemos visto preciosos modelos de estos vestidos con corte princesa y largas mangas con la parte alta del brazo adornada mediante un prolijo drapé que forma encima una pestaña de un efecto encantador.

Los vestidos de encaje se llevan en las grandes fiestas de noche, de corte muy ajustado al cuerpo y amplio en lo bajo de las faldas, con vuelo sobre las caderas; el escote en forma de «barquichuelo» descubre los hombros y permite a esta toseta adquirir una graciosa reminiscencia de los tiempos del segundo Imperio, de aquellas deliciosas figuras que hoy admiramos en los bellos cuadros de Winterhalter... y en el cinematógrafo.

A. D'ENERY

LECCIONES DE COSAS

PARA PULIMENTAR LAS ESTUFAS

Mézclase una cucharada de alumbre en polvo, (en igual cantidad de grafito, también en polvo y frótese, con ella la estufa. Con ello quedará tan brillante como nueva.

PARA RECONOCER LOS BILLETES DE BANCO FALSOS

Un medio sencillísimo es pasarles por encima una esponja húmeda.

En los falsos casi desaparecen las líneas y dibujos que tienen al transparente, mientras que en los buenos se acentúan.

PARA PEGAR OBJETOS QUE HAN DE ESTAR EN EL AGUA

Se fabrica un cemento amasando 250 gramos de queso blanco, fresco, al que se añadirán, poco a poco, 500 gramos de carbonato de calcio en polvo, cuidando de que estas dos materias se mezclen perfectamente.

Este cemento se endurece con el agua, y sirve para pegar toda clase de objetos que hayan de permanecer sumergidos.

COLA TRANSPARENTE

Para pegar objetos de cristal o de loza se obtiene una cola transparente muy aglutinante que puede emplearse para el cristal, la loza, el mármol y la madera, mezclando íntimamente, en un mortero, dos partes de nitrato de cal, 25 de agua y 20 de goma arábiga en polvo.

Se untan con esta mezcla las partes que hayan de soldarse y se las mantiene en contacto por medio de una atadura muy apretada, hasta que la cola quede completamente seca.

PARA QUITAR MANCHAS DE GRASA Y ACEITE

Siempre que caiga una mancha de éstas en las ropas hágase hervir engrudo de almidón con harina, déjese en él la tela por espacio de una hora, lávese después con agua bien limpia y póngase a secar al sol si los rayos de éste no pueden alterar el color.

PARA QUITAR MANCHAS EN EL PAPEL

El papel manchado se coloca sobre un trozo de papel secante y se comprime la mancha con algodón empapado en éter o en bencina.

Una vez seco el papel, habrá desaparecido la mancha.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(72)

cuanto estaba en su mano por aproximarse desde el primer día? Pero, a la vez, algo en su interior le decía que, a pesar de todo, la noticia no daría precisamente al Conde ningún alegrón... ¿Por qué?

No podía precisarlo, pero era cierto que tenía esa intuición, esa sospecha.

El Conde debió haber tenido alguna noticia y procuraba comprobarla por su parte, por cuanto preguntó de nuevo.

—Somos amigos y debemos tener confianza. No hace muchos días, en la orilla del río, le contesté a usted con toda franqueza cuando me habló de mi prima y, yo a mi vez, le pregunté hoy. ¿Ha llamado alguien a su puerta? El rubor de su rostro me dice que sí. ¿Quién es...?



Abrijo de lana negra, adornado con cuello de astrakan.—Abrijo tres cuartos, de piel de potro, adornado con d'oclot.—Zapato y cartera de piel de colores claros.—Toca de bretschiwanz para acompañar un abrijo de la misma piel. El fondo de la toca es de terciopelo rojo viejo.

Pregón andaluz

¡Claveles...! ¡Claveles dobles llevo yo «pa» las mocitas; flor que nació en los jardines de las dormidas mezzitas!

Los claveles que os ofrezco son adornos de sultana...

¡Venid, mocitas, a verlos! ¡Salid pronto a la ventana!

Estos clavellillos blancos, como los sueños de un niño, como azahares del Amor, como la piel del armiño, como los copos de nieve que las montañas coronan y en las crujidas invernales en sus picos se amontonan, son claveles que nos hablan de un lecho nupcial, de gloria, y es emblema misterioso de ensueños puros de novia; de amores castos vividos por ingenia enamorada y son sencillos puros como ofrenda delicada.

También llevo clavel mixto, que es clavel evocador de horas de sol y alegría, llenas de angustia y dolor.

¡Banca...! sañicão de sangre...! evoca la roja herida que en el pecho del torero dejó su huella prendida.

Pureza y amor unidos; misterio y realidad; leyenda mahometana, símbolo de la Verdad...!

Mirad mis rojos claveles —gotas de sangre española— altivo, cual el donaire de la arrogante manola.

Rojo como la pasión, como muleta torera, como la sangrante boca de mocita tránera...

como la luz que despiende la fogata del hogar; como sangre de los toros que vistas agonizar aquella tarde de feria —voluptuosa y ardiente— en que la blanca mantilla acariciaba tu frente.

¡Claveles rojos y dobles de granate terciopelo! Flor andaluza y castiza orgullo de nuestro suelo... Tú finges entre los hierros de la reja solitaria bocas que esperan un beso musitando una plegaria...

Sol de mi tierra, que pones en estas flores tu beso; son ardientes porque tú en su cáliz está preso...!

¡Claveles... claveles dobles llevo yo «pa» las mocitas...!

¡Flor nacida entre el misterio de las dormidas mezzitas!

MARINA DE CASTALENAS

desencanto imprevisto. Puede que a Ardieta le suceda así conmigo... En cuanto a mí, veremos si consigo querarle de otro modo distinto a como le quiero hoy... Ya sabe usted mis opiniones con respecto a este punto. Únicamente el matrimonio por amor.

Fernando había oído como entre sueños la charla precipitada y confusa de la joven, y entre los mil ruidos que le zumbaban, por un instante, en la cabeza, distinguió apenas claramente la verdad rígida, sintética... Que aquella divina criatura no podía ser suya; que otro más audez y más afortunado había llegado antes a su puerta... Por un momento, la miró estúpidamente, con la expresión rota y desvaída de la idiotez, y la vio envuelta en claridades, como saliendo de un deslumbrante círculo de luz.

Vagaron luego los ojos cansados por el salón casi a oscuras y no vio más que estrechitas doradas, chispas luminosas que brotaban de las carracas en combustión, y parecían en las penumbras del inmenso recinto parodias o remedos de una piroctenia misteriosa. Cerró los ojos. Los volvió a abrir y trató de encender el cigarrillo,

que aún tenía en la mano apagado, pero era tanta su nerviosidad, que no pudo lograrlo, y con un ademán de cólera, de impaciencia, tiró la cerilla a la plancha de la chimenea y encendió el pitillo en la llama crepitante del hogar.

—Hace días que quería decirselo a usted—siguió Gloria íntimamente.—Comprendía que tenía usted más derecho que nadie, porque yo no puedo olvidar, que usted fué el primero que intentó sacudir los temores de Ardieta y yo no nos hubiésemos entendido nunca. Por eso, porque creo que usted se alegra de saberlo, es por lo que me atrevo a hablar así.

El Conde pensaba que, efectivamente, había sido un necio y que a sus oficiosidades importunas debían, Ardieta su dicha y él una gran pena, que ya comenzaba a rumiar. Serenóse conforme pudo y, cuando pasados unos instantes creyó haberlo conseguido, atrevióse a decir con voz temblona todavía.

—Sí, cree Ud. bien, querida Gloria; hoy es para mí un día de satisfacción.

SOPA A LA ALCARREÑA
Fríanse a medias, en lumbre fuerte medio kilo de patatas y unos pueros partidos ambas cosas en rodajas de un centímetro de espesor. Añádase unas ocho tazas de agua caliente y sazónese con sal, pimienta y algunas hierbas, dejando cocer las patatas hasta que estén a punto de deshacerse.

Sáquense éstas y exprímense en la ma de puré y vuélvanse a poner en la cacerola, añadiendo cincuenta gramos de manteca de vaca.

Mientras da un nuevo hervor el caldo, pártase en la forma acostumbrada y póngase en la sopera y sobre él viértase el caldo, remuévase, y quedará la sopa a punto de servirse.

BESUGOS A LA PAPILOTE
Píquense unas anchoas, añádenles los dos dientes de ajo y un poco de aceite de oliva. Añádenle una cucharada de aceite y otra de lladuras de queso, hágase una pasta picadillo.

Limpios los besugos, se rellenan con esta pasta y se les envuelve en papel que se habrá untado de aceite por parte que ha de tocar el pescado, y se polvoréese con sal y pimienta.

Preparados así, pónganse en la sartén con buena lumbre, dándoles vueltas, y cuando el papel empiece a tostarse apártense de la lumbre, quítense el papel y pónganse sobre la fuente en la que han de servirse.

GUISO DE TERNERA
Una vez limpio el trozo de ternera pártase en trocitos pequeños.

En aceite muy caliente fríanse unas cucharadas de harina y tres dientes de ajo, haciendo con esto y las yemas de cuatro huevos un revuelto.

Rehóguese con él la carne, y cuando esté cocida, hágase falta, póngase a cocer, sazonzando bien con sal, pimienta y poniendo una cebolla cascada, laurel y alguna hierba.

A la mitad de la cocción se añaden las patatas en cantidad de un kilo, partidas en pequeños trozos.

Cocido todo y reducido el caldo puede servirse el guiso, que es tan tomacal como apetitoso.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-M.

A usted le consta cómo aprecio la dieta y... cómo la quiero a usted. De figurarse con qué alegría recibí la noticia de la dicha de ambos, me alegro, me alegro mucho.

El Conde, al decir esto, era sincero. Desgarrando valientemente su propia corazon, quería alegrarse, generosamente de la dicha de aquellos que tralan, queriendo, sombras a su vida, pero pronunciar aquella última frase hizo lágrimas en su voz, una voz sin vibraciones que se extinguió dolorosamente algo así como un trémolo de sollozo. Sofocada Gloria, se atrevió a mirar la cara. Entre las sombras del salón un rayo de luz mortecina y blanquecina que entraba por el ventanal, iba a brillar, como una aureola argentada, en la cara virilmente hermosa de Fernando Cortezo. Sus facciones contraídas, su serenidad de los ojos alterada, el pliegue violento de los labios, le daban tan grande expresión de sufrimiento que la joven, asustada, se levantó aproximándose.

—¿Qué tiene usted, Conde? ¿siente enfermo?—exclamó alarmada. Pero el joven, dueño de sí mismo, sin abandonar su aire desolado,